

En las dunas

El relato tratará sobre las dunas de Jutlandia, pero no comienza allí, sino muy, muy al sur, en España: pues el mar conecta todos los países; ¡trasládate pues con el pensamiento a España! ¡Qué calor hace allí, qué maravilloso! Entre oscuros laureles destellan flores púrpuras de granado; una brisa fresca sopla desde las montañas hacia los naranjales y las magníficas galerías moriscas, con cúpulas doradas y paredes pintadas. Por las calles avanzan procesiones de niños, con velas y banderas ondeantes en las manos, mientras sobre las calles de la ciudad se extiende un cielo claro y puro, salpicado de estrellas resplandecientes. Fluyen los sonos de las canciones, repiquetean las castañuelas, jóvenes y doncellas giran danzando bajo la sombra de acacias florecidas; un mendigo sentado en los escalones de una escalera de mármol sacia su sed con una jugosa sandía y luego vuelve a sumirse en su habitual somnolencia, ¡en un dulce sueño! ¡Y todo aquí parece un sueño maravilloso! Todo invita a la dulce pereza, a ensueños extraordinarios. A tales ensueños en vigilia se entregaba también la joven pareja de recién casados, colmada de todos los bienes terrenales; todo le había sido dado: salud, felicidad, riqueza y una posición honorable en la sociedad.

—¡No puede haber nadie más feliz que nosotros! —decían sinceramente; y sin embargo, aún les faltaba ascender un escalón más en la escalera del bienestar humano, si Dios les concediera el hijo esperado, un niño, imagen viva física y espiritual de ellos mismos.

¡Niño dichoso! Lo recibirían con júbilo general, con los cuidados más tiernos y amor, con toda la prosperidad que la riqueza y una familia noble pueden ofrecer a un ser humano.

La vida era para ellos una fiesta eterna.

—La vida es un don misericordioso del amor, casi demasiado grande, inmenso —dijo la esposa—. ¡Y pensar que esta plenitud de dicha debe aún crecer allá, más allá de la vida terrenal, crecer hasta lo infinito!... Ciertamente, ni siquiera soy capaz de dominar este pensamiento, ¡tan inmenso es!

—¡Pero es demasiado presuntuoso! —respondió el marido—. ¿Acaso no es, en esencia, presuntuoso imaginar que nos espera una vida eterna... como a dioses? Llegar a ser semejantes a los dioses: ¡esa idea fue inspirada a los hombres por la serpiente, el padre de la mentira!

—¿Pero acaso no crees tú en la vida futura? —preguntó la joven esposa, y como una nube oscura se deslizó por primera vez sobre el horizonte sin nubes de sus pensamientos.

—La religión nos la promete, los sacerdotes confirman esa promesa —dijo el joven marido—. Pero precisamente ahora, sintiéndome en la cumbre de la dicha, comprendo cuán arrogante y presuntuoso es por nuestra parte exigir, después de esta vida, otra más, exigir la continuación de nuestra dicha. ¿Acaso no se nos ha dado ya aquí, en esta vida, tanto que no solo podemos, sino que debemos estar plenamente satisfechos con ella?

—Sí, a nosotros se nos ha dado mucho —replicó la esposa—, pero ¿para cuántos miles de personas la vida terrenal es una prueba continua? ¿Cuántas personas están condenadas desde el nacimiento a la pobreza, la humillación, la enfermedad y la desgracia? No, si tras esta vida no aguardara a los hombres otra, los bienes terrenales estarían distribuidos de manera demasiado desigual, y Dios no sería el Juez Tod justo.

—¡Incluso el mendigo vagabundo tiene sus alegrías, que a su modo no son inferiores a las alegrías de un rey, dueño de un palacio fastuoso! —respondió el joven—. ¿Y acaso no siente, según tú, la pesadez de su destino terrenal el ganado de trabajo, al que golpean, matan de hambre y agotan con el trabajo? Entonces, también el animal podría reclamar para sí una vida ultraterrena y considerar injusta su baja posición entre las demás criaturas.

—«En la casa de mi Padre Celestial hay muchas moradas», dijo Cristo —replicó la joven mujer—. El reino de los cielos es ilimitado, como lo es el amor de Dios. Los animales también son Sus criaturas, y, en mi opinión, ningún ser vivo perecerá, sino que alcanzará aquel grado de dicha al cual sea capaz de elevarse.

—Bueno, ¡a mí me basta con esta vida! —dijo el marido, abrazando a su hermosa esposa. El humo de su cigarrillo se elevaba desde el balcón abierto hacia el aire fresco, impregnado del aroma de flores de naranjo y claveles; desde la calle llegaban sonos de canciones y el repiqueteo de castañuelas; sobre sus cabezas brillaban las estrellas, mientras los tiernos ojos de su esposa, resplandecientes con el fuego de un amor infinito, miraban fijamente a los del marido.

—¡Una sola minuto como este vale la pena de que un hombre nazca, lo viva y... desaparezca! —continuó él, sonriendo; la joven mujer le amenazó dulcemente con el dedo, y la nube oscura pasó de largo: ¡eran demasiado felices!

Las circunstancias se disponían para ellos tan favorablemente, que la vida les prometía aún mayores bienes en el futuro. Es cierto que les esperaba un cambio,

pero solo de lugar, no de su dichoso modo de vivir. El rey había nombrado al joven embajador ante la Corte Imperial Rusa: su linaje y educación lo hacían plenamente digno de tan honroso nombramiento.

El joven poseía ya fortuna propia, y la joven esposa le aportó una no menor; era hija de un comerciante rico y respetado. Uno de los barcos más grandes y mejores de este último debía partir precisamente ese año hacia Estocolmo; en él decidieron enviar a sus queridos hijos, la hija y el yerno, a San Petersburgo. El barco estaba adornado con lujo real; por todas partes alfombras mullidas, seda y terciopelo...

En una antigua canción, conocida por todos nosotros los daneses, «sobre el príncipe inglés», se cuenta cómo este príncipe zarpa en un barco ricamente adornado, con anclas de oro puro y aparejos de seda. Precisamente de ese barco se recordaba al contemplar el barco español: el mismo lujo, los mismos pensamientos al partir:

¡Oh, concédenos, Dios, regresar felizmente!

Sopló un fuerte viento favorable; la despedida fue breve. En pocas semanas el barco debería alcanzar el destino final del viaje. Pero cuando ya estaba lejos de tierra, el viento calmó; la superficie brillante y uniforme del mar parecía haberse congelado; el agua centelleaba, las estrellas brillaban, y en la rica cabina parecía celebrarse una fiesta.

Sin embargo, al final, todos comenzaron a desear un buen viento favorable, pero este no parecía llegar; y si alguna vez soplabla viento, no era favorable, sino contrario. Pasaron semanas tras semanas; transcurrieron dos meses enteros antes de que lograran un viento propicio del suroeste. El barco se encontraba entonces entre Escocia y Jutlandia; el viento hinchó las velas e impulsó la nave, exactamente como en la antigua canción sobre «el príncipe inglés»:

Y el viento sopló, los cielos se oscurecieron;
¿Dónde refugiarse? ¿Dónde la costa, dónde el puerto?
Bajaron al fondo su ancla de oro,
pero el viento maligno los arrastra hacia Dinamarca.

Desde entonces han pasado muchos años. En aquellos tiempos ocupaba el trono de Dinamarca el joven rey Cristián VII; muchos sucesos ocurrieron durante ese periodo, mucho cambió, mucho se transformó. Lagos y pantanos se convirtieron en prados jugosos, estepas en campos cultivados, y en la costa occidental de Jutlandia, protegidos por los muros de las chozas campesinas, crecieron manzanos y rosales. Pero hay que buscarlos con la mirada: tan hábilmente se ocultan del áspero viento occidental. Y aun así, aquí, en esta costa, es fácil trasladar el

pensamiento incluso a tiempos aún más remotos que el reinado de Cristián VII: en Jutlandia, hoy como antaño, se extiende una inmensa estepa pardusca, patria de los espejismos, sembrada de túmulos funerarios, surcada por caminos arenosos llenos de montículos que se cruzan entre sí. Al oeste, donde grandes ríos desembocan en fiordos, siguen extendiéndose prados y pantanos, protegidos del lado del mar por altas dunas. Las crestas dentadas de las dunas se alargan junto a la costa como una cadena montañosa, interrumpida en algunos lugares por taludes arcillosos; el mar, año tras año, va mordiendo pedazo a pedazo, de modo que finalmente los salientes y colinas se derrumban, como sacudidos por un terremoto. Tal era Jutlandia en aquellos tiempos, cuando la dichosa pareja navegaba en el rico barco.

Septiembre llegaba a su fin; el tiempo era soleado; era domingo; los sonidos de las campanas se perseguían mutuamente, resonando a lo largo de la costa del fiordo de Nissum. Las propias iglesias recordaban bloques de piedra tallada: cada una había sido excavada en un fragmento de roca. El mar hacía rodar sus olas sobre ellas, y ellas permanecían firmes, inmóviles. La mayoría carecía de torres campanario; las campanas, sujetas entre dos pilares, colgaban bajo el cielo abierto.

Terminado el servicio religioso, el pueblo salió al cementerio, donde entonces, igual que ahora, no se veía ningún árbol, ningún arbusto, ninguna flor, ni siquiera una corona sobre las tumbas. Solo pequeños montículos señalaban los lugares donde reposaban los difuntos; todo el cementerio estaba cubierto de hierba afilada y dura; el viento la agitaba sin cesar. En algunos sitios, sobre

En las tumbas también se encontraban monumentos, es decir, troncos semipodridos tallados en forma de ataúd. Estos restos los traía el bosque costero: un mar salvaje. En el mar crecen para el habitante de la costa vigas ya hechas, tablas y árboles; el oleaje los arroja a la orilla. Pero el viento y la niebla marina pronto los hacen pudrirse.

Uno de esos restos yacía sobre la tumba infantil hacia la cual se dirigió una de las mujeres que habían salido de la iglesia.

Permanecía en silencio, clavando la mirada en el tronco de madera medio consumido. Poco después se le unió su marido. No intercambiaron ni una palabra; él la tomó de la mano y caminaron juntos por la estepa parda y el pantano hacia las dunas. Caminaron largo tiempo en silencio hasta que finalmente el marido dijo:

—¡Qué buena predicación hubo hoy! Si nouviéramos al Señor, ¡no tendríamos nada!

—Sí —respondió la esposa—, Él nos envía alegrías y Él mismo nos envía penas. Y siempre tiene razón... Hoy nuestro muchachito cumpliría cinco años si estuviera vivo.

—Realmente, no debes afligirte tanto —dijo el marido—. Él escapó felizmente y ahora está allí adonde también nosotros debemos rogar a Dios que nos lleve.

No hablaron más y se dirigieron hacia casa. De pronto, sobre una de las dunas cuya arena no estaba fijada por vegetación alguna, se elevó como una columna de humo: un fuerte remolino removi6 y arremolin6 la arena fina. Luego pas6 una nueva ráfaga de viento, y el pescado tendido en cuerdas para secarse golpe6 contra las paredes de la casa; después todo volvió a calmarse; el sol abrasaba sin piedad.

El marido y la esposa entraron en su cabaña y, quitándose rápidamente sus vestidos de fiesta, se apresuraron de nuevo hacia las dunas, que se alzaban en la orilla como olas de arena monstruosas detenidas súbitamente en su camino. Cierta variedad de colores la aportaban los tallos puntiagudos azul-verdosos de la avena de arena y la arenaria que crecían sobre la arena blanca. En la orilla se reunieron varios vecinos más, y los hombres, uniendo sus fuerzas, arrastraron las barcas más arriba sobre la arena. El viento seguía fortaleciéndose, volviéndose cada vez más cortante y frío, y cuando el marido y la esposa volvieron hacia casa, la arena y las piedrecillas afiladas les volaban directamente al rostro. Fuertes ráfagas de viento cercenaban las crestas blancas de las olas y las dispersaban como polvo fino.

Anocheció; en el aire parecía aullar, silbar y gemir toda una legión de espíritus malditos; el marido y la esposa ni siquiera oían el estruendo del mar, aunque su cabaña estaba casi justo en la orilla. La arena volaba contra los cristales de las ventanas; las ráfagas de viento amenazaban a veces con derribar la propia cabaña. Oscureció, pero alrededor de la medianoche debería asomar la luna.

El cielo se despejó, pero la tormenta rugía en el mar con la misma fuerza de antes. El marido y la esposa llevaban mucho tiempo acostados, pero ni pensar en dormir con tal temporal; de pronto llamaron a la ventana, la puerta se entreabrió y alguien dijo:

—¡Hay un gran barco varado en el arrecife extremo!

En un instante el marido y la esposa se levantaron y se vistieron.

La luna brillaba bastante intensamente, pero el torbellino de arena enfurecido cegaba los ojos. El viento soplaba con tal fuerza que apenas podías mantenerte en pie; solo con gran dificultad, casi gateando, aprovechando las pausas entre las ráfagas del huracán, podía uno cruzar las dunas. Desde el mar volaba hacia la

orilla, como plumón de cisne, espuma salada; el mar, con ruido y rugido, hacía rodar olas hirvientes. Hacía falta un ojo experto para distinguir inmediatamente un buque en el mar. Era un magnífico barco de dos mástiles; lo arrastraba hacia la orilla a través de los arrecifes, pero en el último encalló.

Ni pensar en prestar ayuda al barco o a la tripulación: el mar estaba demasiado embravecido, las olas golpeaban despiadadamente el casco del buque y lo cubrían por completo... A los pescadores les parecían oír gritos y lamentos de desesperación; se veía cómo la gente en el barco se agitaba impotente y desconcertada... He aquí que se levantó una ola enorme y se abatió sobre el bauprés. Un instante, y el bauprés desapareció; la popa se elevó высоко sobre el agua, y en ese momento saltaron desde ella dos figuras humanas abrazadas, saltaron y desaparecieron entre las olas... Otro instante más, y una ola enorme arrojó a las dunas un cuerpo... el de una joven mujer, aparentemente sin vida. Varias pescadoras la rodearon, y les pareció que aún daba señales de vida. Inmediatamente la trasladaron a la cabaña más cercana. ¡Qué hermosa y delicada era la pobrecilla! Seguramente una dama noble.

La acostaron en una mísera cama, sin ninguna ropa interior, cubierta solo con una manta de lana, pero precisamente en ella había que envolver a la desconocida: ¡nada más caliente!

Lograron devolverla a la vida, pero cayó en fiebre y no tenía conciencia de nada: ni de lo ocurrido ni de dónde había ido a parar. Y gracias a Dios: todo lo que le había sido querido en la vida yacía ahora en el fondo del mar. Todo sucedió como en la canción «sobre el príncipe inglés»:

No podría haber vista más terrible:

El barco se hizo añicos contra el arrecife como vidrio.

El mar arrojó a la orilla los restos del barco; de las personas solo sobrevivió una joven mujer. El viento seguía aullando, pero en la cabaña reinó por unos instantes el silencio: la joven mujer perdió el conocimiento; luego comenzaron los dolores y los gritos, abrió sus maravillosos ojos y dijo algo, pero nadie entendió ni una sola palabra.

Y he aquí que, como recompensa por todos los sufrimientos padecidos, apareció en sus brazos un niño recién nacido. Le esperaba una magnífica cuna con dosel de seda, una vivienda lujosa, júbilo, éxtasis y una vida colmada de todos los bienes terrenales, pero el Señor dispuso otra cosa: le tocó nacer en una pobre cabaña, y ni siquiera le fue dado recibir el beso de su madre.

La esposa del pescador acercó el niño al pecho de la madre, y quedó junto al corazón que ya había dejado de latir: la madre había muerto. El niño, que debería haber encontrado en la vida solo riqueza, solo felicidad, fue arrojado por el mar a las dunas para conocer la necesidad y el destino del pobre.

Un barco español naufragó un poco al sur de Nissumfjord. Los tiempos crueles e inhumanos, cuando los habitantes de la costa se dedicaban al saqueo de los náufragos, habían pasado hacía mucho. Ahora los desgraciados encontraban aquí amoroso y cordial trato, amplia disposición a ayudar. ¡Nuestro tiempo puede enorgullecerse de rasgos de carácter verdaderamente nobles! La madre moribunda y el desventurado niño habrían hallado refugio y cuidados en cualquier casita de la orilla, pero en ninguna parte se habrían mostrado tan compasivos y cariñosos como precisamente en aquella donde fueron a parar: en la casa de la pobre pescadora que tan tristemente había estado ayer junto a la tumba de su hijo, quien ese día habría cumplido cinco años.

Nadie sabía quién era la mujer fallecida ni de dónde procedía. Los restos del barco guardaban silencio.

En España, en la casa de un rico comerciante, nunca recibieron carta ni noticia alguna sobre la hija o el yerno. Solo supieron que no habían llegado a su destino y que en las últimas semanas habían reinado terribles tormentas en el mar. Esperaron meses; finalmente llegó la noticia: «Naufragio total; todos perecieron».

Y en la cabaña del pescador, en las dunas, apareció un nuevo habitante.

Allí donde el Señor envía alimento para dos, alcanza también para un tercero: en la orilla del mar hay suficiente pescado para un estómago hambriento. Al niño lo llamaron Jørgen.

—¡Seguro que es un niño judío! —decían de él—. ¡Miren qué morenito!

—¡O quizás sea español o italiano! —dijo el sacerdote. Pero para la esposa del pescador esas tres nacionalidades eran lo mismo, y se consolaba pensando que el niño había sido bautizado. El niño crecía; sangre noble se alimentaba con comida pobre; el vástago de linaje noble crecía en una pobre cabaña. El idioma danés, el dialecto yutlandés occidental, se convirtió para él en lengua materna. Un granito de granada de suelo español creció en la costa occidental de Jutlandia como un grano de arena. ¡Así puede adaptarse el ser humano! Echó raíces con su nueva patria mediante todas sus fibras vitales. Le estaba destinado conocer el hambre, el frío y otras adversidades, pero también las alegrías que caen en suerte al pobre.

La infancia de cada persona tiene sus alegrías, que proyectan un resplandor luminoso sobre toda su vida. En juegos y diversiones Jørgen no carecía de nada. En

la orilla del mar había amplio espacio para jugar: toda la playa estaba sembrada de juguetes, pavimentada como un mosaico con guijarros multicolores. Allí se encontraban rojos como corales, amarillos como ámbar, blancos y redonditos como huevos de pájaro; en suma, toda clase de pequeñas piedras lisas y pulidas por el mar. Esqueletos secos de peces, algas secas y otras plantas marinas, que blanqueaban en la orilla y envolvían las piedras como cintas, servían también de juguetes, deleite para la vista y alimento para la mente. Jørgen era un muchacho capaz, ricamente dotado. ¡Cómo recordaba diversas historias y canciones! ¡Y qué manos tenía, simplemente de oro! Con piedras y

De las conchas fabricaba barquitos y cuadros para adornar las paredes. El niño podía, según palabras de su madre adoptiva, expresar sus pensamientos tallando un trozo de madera, siendo aún muy pequeño. ¡Qué maravillosamente resonaba su vocecita; las melodías fluían por sí solas desde su garganta! Sí, muchas cuerdas estaban tensas en su alma: habrían podido sonar para todo el mundo si su destino hubiera sido distinto, si no lo hubiese arrojado a esta remota aldea de pescadores.

Una vez naufragó un barco cerca de allí y las olas arrojaron a la orilla una caja con raros bulbos de flores. Algunos fueron machacados para hacer sopa —los pescadores los tomaron por comestibles—, otros quedaron pudriéndose en la arena. No les fue dado cumplir su destino: desplegar ante los ojos todo el lujo de colores que ocultaban. ¿Sería Jürgen más afortunado? Los bulbos pronto perecieron, mientras que a él le aguardaban largos años de prueba.

Ni a él ni a nadie de su entorno se le ocurrió jamás que los días transcurrían aquí aburridos y monótonos: aquí había trabajo de sobra para las manos, los ojos y los oídos. El mar era un enorme libro de texto que cada día desplegaba una nueva página, mostrando a los habitantes de la costa ya la calma, ya el leve oleaje, ya el viento y la tempestad. Los naufragios eran grandes acontecimientos, y las visitas a la iglesia verdaderas fiestas. Entre las visitas de parientes y conocidos, la mayor alegría para la familia del pescador era la llegada del tío, vendedor de anguilas de Fjältring, cerca de Bovbjerg. Venía aquí dos veces al año en un carrito pintado, lleno de anguilas; el carrito era una caja con tapa, decorada sobre fondo rojo con tulipanes azules y blancos; la tiraba un par de bueyes cenicientos. A Jürgen le permitían montar en ellos.

El comerciante de anguilas era un bromista, un alegre, y siempre traía consigo un barrilito de vodka. A todos les servía una copita llena o una tacita de café si faltaban vasos; incluso a Jürgen, por pequeño que fuera, le daban una porción como un dedal grande. Hay que beber algo para retener en el estómago la anguila grasosa, decía el comerciante, y con ello contaba cada vez la misma historia; y si los oyentes reían, la volvía a contar desde el principio. ¡Tal es la debilidad de las

personas habladoras! Y como el propio Jürgen se guiaba a menudo por esta historia tanto en su adolescencia como incluso en su edad madura, también nosotros debemos conocerla.

En el río nadaban las anguilas; las hijas rogaban todas a su madre que las dejase pasear en libertad, subir río arriba, pero la madre les decía: «¡No os alejéis demasiado! ¡Si no, vendrá el feo pescador y os apuñalará a todas!» Pero aun así se alejaron demasiado, y de ocho hijas solo tres regresaron junto a su madre.

Empezaron a quejarse: «¡Apenas habíamos salido un poco de casa cuando apareció el feo pescador y apuñaló hasta la muerte a nuestras hermanas con su tridente!» «¡Bueno, ellas todavía volverán a nosotras!», dijo la madre. «¡No!», respondieron las hijas, «¡les arrancó la piel, las cortó en pedazos y las asó!» «¡Volverán!», repitió la madre. «¡Pero si se las comió!» «¡Volverán!» «¡Se las bebió con vodka!», dijeron las hijas. «¡Ay, ay! ¡Entonces nunca volverán!», aulló la madre. «¡El vodka entierra a las anguilas!»

—¡He aquí por qué siempre hay que acompañar este plato con vodka! —añadía el comerciante.

Esta historia recorrió toda la vida de Jürgen como un hilo rojo, proporcionando amplio material para chistes divertidos, refranes y comparaciones. Y a Jürgen, de vez en cuando, le ardía el deseo de asomarse fuera de casa, de pasear por el mundo blanco, pero su madre, igual que la madre de las anguilas, decía: «¡En el mundo hay mucha gente mala, pescadores!» Bueno, pues cerca de las dunas, en la estepa, se podía ir, y él fue. Cuatro días alegres iluminaron toda su infancia; en ellos se reflejó para él toda la belleza de Jutlandia, toda la alegría y felicidad de su tierra natal. Invitaron a los padres de Jürgen a un banquete —cierto es, fúnebre.

Había muerto uno de sus parientes acomodados. Vivía en la estepa, al noreste de la aldea de pescadores. Los padres llevaron consigo a Jürgen. Tras pasar las dunas, la estepa y el pantano, el camino siguió por un prado verde donde serpentea el río Skærum, abundante en anguilas. Allí vivía la madre de las anguilas con sus hijas, a quienes la gente mala mató, desolló y cortó en pedazos. Pero a menudo la gente actuaba no mejor con sus semejantes. He aquí que el caballero Bugge, de quien habla una antigua canción, fue asesinado por gente mala, aunque él mismo, por bueno que fuera, pensaba matar al constructor que le había edificado un castillo de gruesos muros con torres. Este castillo se alzaba precisamente en el lugar donde ahora se detuvieron Jürgen y sus padres, en la desembocadura del río Skærum en el fiordo Nissum. Todavía se veían los terraplenes y sobre ellos restos de muros de ladrillo. El caballero Bugge, enviando a su criado en persecución del constructor que se había marchado, dijo: «Alcánzalo y dile: "Maestro, la torre se

cae". Si se vuelve, córtale la cabeza y toma el dinero que recibió de mí; si no se vuelve, déjalo ir en paz».

El criado alcanzó al constructor y le dijo lo ordenado, pero éste, sin volverse, respondió: «La torre aún no se cae, pero algún día vendrá desde el oeste un hombre con capa azul y hará que se derrumbe». Así sucedió cien años después: el mar inundó el país y la torre cayó, pero el dueño del castillo, Predbjørn Gyldenstjerne, se construyó uno nuevo, aún más alto que el anterior; permanece hasta hoy en Vestervorborg Norte.

También tuvieron que pasar junto a este último. Todos estos lugares eran desde hacía mucho conocidos para Jürgen gracias a los relatos que endulzaban para él las largas veladas invernales, y ahora él mismo vio el patio rodeado de fosos dobles, árboles y arbustos, y el terraplén cubierto de helechos. Pero lo mejor aquí eran los altos tilos, cuyas copas alcanzaban el tejado y llenaban el aire de dulce aroma. En el ángulo noroeste del jardín crecía un gran arbusto cubierto de flores como de nieve. Era saúco, el primer saúco floreciente que veía Jürgen. Y él, junto con los tilos en flor, quedaron grabados en su memoria para toda la vida; el niño atesoró para la vejez recuerdos de la belleza y el aroma de su patria.

El resto del camino lo realizaron mucho más rápido y cómodamente: precisamente en Vestervorborg Norte, donde florecía el saúco, alcanzaron a Jürgen y a sus padres otros invitados al banquete que viajaban en carrito y les ofrecieron llevarlos. Claro está, los tres tuvieron que acomodarse detrás, sobre un cofre de madera reforzado con hierro, pero para ellos era comunque mejor que ir a pie. El camino cruzaba una estepa llena de montículos; los bueyes que tiraban del carrito se detenían de vez en cuando al encontrar entre el brezo un parche de tierra cubierto de hierba fresca; el sol calentaba y sobre la estepa se elevaba un humo extraño. Se enrollaba en espirales y al mismo tiempo era más transparente que el propio aire; parecía que los rayos del sol se arremolinaban y danzaban sobre la estepa.

—¡Es «Lokeman» arreando su rebaño de ovejas! —le dijeron a Jürgen, y eso le bastó: de inmediato se transportó a un país de cuentos, sin perder de vista la realidad circundante. ¡Qué silencio reinaba en la estepa!

Por todos lados se extendía la inmensa estepa, parecida a una alfombra preciosa; el brezo florecía; el enebro verde ciprés y los brotes frescos de pequeños robles asomaban entre él como ramos. Daban ganas de lanzarse sobre esta alfombra para rodar por ella, ¡si no fuera por la multitud de víboras venenosas que había allí!... Precisamente sobre ellas y sobre los lobos surgió la conversación; antes había tantos de estos últimos que toda la región se llamaba Tierra de Lobos. El viejo

cochero contó que antaño, cuando aún vivía su difunto padre, los caballos tenían que defenderse ferozmente de aquellas bestias sanguinarias, y que una mañana él mismo había topado con un caballo que pisoteaba un lobo muerto por él, pero cuyas patas estaban todas roídas.

Demasiado pronto para el muchacho atravesaron la estepa llena de montículos y las arenas profundas, y llegaron a la casa, donde había una multitud de invitados. Los carros se apiñaban unos contra otros; los caballos y los bueyes mordisqueaban la escasa hierba. Detrás del patio se alzaban dunas de arena, tan altas y enormes como en la propia aldea natal de Jürgen. ¿Cómo habían llegado hasta aquí desde la costa, si desde allí hay tres millas? El viento las levantó y trasladó; tienen su propia historia.

Cantaron salmos, dos o tres ancianos y ancianas derramaron lágrimas, aunque, según opinión de Jürgen, aquello era muy alegre: come y bebe a voluntad. Sirvieron anguilas grasosas, y había que acompañarlas con vodka. «¡Él retiene las anguilas!», decía el viejo comerciante, y aquí se aferraban firmemente a sus palabras. Jürgen correteaba por todas partes y al tercer día se sentía allí completamente como en casa. Pero aquí, en la estepa, era muy distinto que en su aldea de pescadores, entre las dunas: la estepa bullía de florecillas y palomas;

grandes y dulces bayas eran pisoteadas directamente por los pies, y el brezo se empapaba de jugo rojo.

Aquí y allá se alzaban túmulos; en el aire tranquilo humeaba un poco de humo; en algún lugar de la estepa ardía un fuego, le decían a Jürgen. Por la tarde, sobre la estepa se elevaba un resplandor: ¡qué hermoso era!

Al cuarto día terminaron las conmemoraciones, era hora de volver a casa, a las dunas costeras.

—Las nuestras son las verdaderas —dijo el padre—, mientras que en estas no hay fuerza alguna.

Surgió la conversación sobre cómo habían llegado hasta allí, al interior del país. Muy sencillo. En la orilla encontraron un cadáver; los campesinos lo enterraron en el cementerio, y acto seguido comenzó una terrible tormenta, la arena fue arrastrada hacia el interior del país, el mar avanzaba salvajemente sobre la costa. Entonces un hombre sabio aconsejó desenterrar la tumba y ver si el difunto se chupaba el dedo gordo. Si era así, se trataba de un espíritu acuático, y el mar lo reclamaba. Desenterraron la tumba: el difunto se chupaba el dedo gordo; inmediatamente lo cargaron en un carro, uncieron dos bueyes, y estos, como si hubieran sido picados, lo arrastraron a través de la estepa y el pantano

directamente hacia el mar. La ventisca de arena cesó, pero las dunas, tal como quedaron apiladas, permanecieron erguidas en el interior del país. Jürgen escuchaba y guardaba todos estos relatos en su memoria junto con los recuerdos de los días más felices de su infancia, de las conmemoraciones.

Sí, ¡qué diferente es escapar de casa, ver nuevos lugares y nuevas personas! Y a Jürgen le tocaba escapar de nuevo. Aún no había cumplido catorce años cuando ya se alistó en un barco y partió por el mundo entero. Conoció el tiempo, el mar y a gente malvada y cruel. ¡No en vano era grumete! Comida escasa, noches frías, látigo y puñetazos: todo tuvo que probarlo. Había motivos para que a veces hirviera su noble sangre española; las palabras ardientes pedían salir a la lengua, pero era más sensato morderse la lengua, y para Jürgen eso era lo mismo que permitir que a una anguila la despellejen y la pongan en la sartén.

—¡Bueno, yo recuperaré lo mío! —se decía a sí mismo.

Le ocurrió ver también la costa española, la patria de sus padres, incluso aquella misma ciudad donde ellos vivieron en felicidad y abundancia, pero él nada sabía ni de su patria ni de su familia, y la familia aún menos de él.

Al muchacho ni siquiera le permitían bajar a tierra, y solo puso pie en ella el último día de la estancia: había que comprar algunos víveres, y lo llevaron consigo como ayuda.

Y así Jürgen, vestido con ropas miserables, como si hubieran sido lavadas en una zanja y secadas en una chimenea, se encontró en la ciudad. Él, nativo de las dunas, veía por primera vez una gran ciudad. ¡Qué edificios altísimos, calles estrechas, cuánta gente! Multitudes iban y venían; por las calles parecía fluir un río vivo: ciudadanos, campesinos, monjes, soldados... Gritos, ruido, estruendo, tintineo de cascabeles en burros y mulas, repique de campanas de iglesia, cantos y chasquidos, golpes y estrépito: los artesanos trabajaban en los umbrales de las casas, o incluso directamente en las aceras. El sol abrasaba, el aire era pesado y sofocante; a Jürgen le parecía estar dentro de un horno encendido, repleto de escarabajos de estiércol y de mayo, abejas y moscas que zumbaban y rugían; la cabeza le daba vueltas. De repente vio ante sí el majestuoso pórtico de la catedral; en la penumbra bajo las bóvedas titilaban velas, humeaba el incienso. Incluso el mendigo más harapiento tenía derecho a entrar en la iglesia; el marinero con quien enviaron a Jürgen se dirigió allí; Jürgen lo siguió. Imágenes brillantes resplandecían sobre fondos dorados. Sobre el altar, entre flores y velas encendidas, destacaba la Virgen María con el Niño Jesús. Los sacerdotes, con ricos ornamentos, cantaban, y unos muchachitos guapos y bien vestidos quemaban incienso. Toda esa belleza y esplendor causaron en Jürgen una profunda

impresión; la fe y la religión de sus padres tocaron las cuerdas más secretas de su alma; las lágrimas brotaron de sus ojos.

Desde la iglesia se dirigieron al mercado, compraron los víveres necesarios, y a Jürgen le tocó cargar con parte de ellos. El camino era largo, se cansó y se detuvo a descansar frente a una gran casa magnífica con columnas de mármol, estatuas y amplias escalinatas. Jürgen apoyó su carga contra la pared, pero apareció un portero dorado, con librea, y levantando contra él un bastón con remate de plata, lo echó: a él, ¡al nieto del dueño! Pero nadie lo sabía; el propio Jürgen menos que nadie.

El barco zarpó; de nuevo se extendió la misma vida: sacudidas, insultos, falta de sueño, trabajo duro... Bueno, ¡no está de más probarlo todo! Dicen que es bueno pasar por una escuela severa en la juventud. Bueno es, sí, bueno, ¡si luego te espera una vejez feliz!

El viaje terminó, el barco echó de nuevo el ancla en el fiordo de Ringkjøbing, y Jürgen volvió a casa, a la aldea de pescadores, pero mientras él vagaba por el mundo, su madre adoptiva había muerto.

Llegó un invierno riguroso. En el mar y en tierra rugían tormentas de nieve; era realmente una desgracia atravesar la estepa. ¡Cómo difieren, en verdad, unos países de otros: aquí un frío helador y ventiscas, mientras que en España un calor terrible! Y sin embargo, al ver en un día claro y helado una gran bandada de cisnes que volaban desde el mar hacia el Norte de Vesterborg, Jürgen sintió que aquí, al menos, se respiraba mejor, que aquí, por lo menos, se podían disfrutar las delicias del verano. Y mentalmente se representó la estepa, toda cubierta de flores, sembrada de bayas maduras y jugosas, y los tilos florecientes junto al Norte de Vesterborg... ¡Ah, había que volver allí otra vez!

Llegó la primavera, comenzó la pesca, Jürgen ayudaba a su padre. Había crecido mucho durante el último año, y el trabajo le salía bien. La vida bullía en él como un manantial; sabía nadar tanto sentado como de pie, incluso dar volteretas en el agua, y a menudo le aconsejaban que tuviera cuidado con las caballas: nadan en bancos y atacan a los mejores nadadores, los arrastran bajo el agua y los devoran. ¡Y ese sería el fin! Pero el destino preparaba para Jürgen algo distinto.

Los vecinos tenían un hijo llamado Morten; Jürgen se hizo amigo suyo, y juntos se alistaron en un barco que zarparía hacia Noruega, luego hacia Holanda. No había realmente motivo serio para enemistarse, ¡pero cuántas cosas pueden ocurrir! En las naturalezas ardientes las manos pican tanto; le sucedió una vez a Jürgen, cuando discutió con Morten por unas bagatelas. Estaban sentados en un rincón detrás de la cabina del capitán y comían de un mismo plato de barro; Jürgen tenía

un cuchillo en la mano y lo levantó contra su compañero, palideciendo completamente y lanzando miradas salvajes. Pero Morten solo dijo:

—¿Conque eres de los que están dispuestos a usar el cuchillo?

En ese mismo instante la mano de Jürgen bajó; silenciosamente terminó de comer y se puso a trabajar. Al finalizar las labores, se acercó a Morten y dijo: «Golpéame en la cara: ¡lo merezco! En mí, ciertamente, siempre hierve todo hasta rebosar, como en una olla con agua hirviendo.»

—Bueno, está bien, ¡olvídemos esto! —respondió Morten, y desde entonces su amistad se volvió casi el doble de fuerte. Al regresar a casa, a Jutlandia, a las dunas, contaron sobre la vida en el mar, relataron también este incidente. Sí, la sangre en Jürgen hervía hasta rebosar, pero aun así era una «olla» buena y fiable.

—Solo que no «jutlandesa»: ¡no se le puede llamar jutlandés! —bromeó Morten. (La llamada «vajilla jutlandesa» se fabrica con arcilla oscura y se distingue por su resistencia al fuego y su durabilidad. —Nota del traductor.)

Ambos eran jóvenes y sanos; ambos, muchachos altos, de complexión robusta, pero Jürgen se distinguía por mayor agilidad.

En el norte, en Noruega, los campesinos pastorean sus rebaños en las montañas, donde hay chozas especiales para pastores, mientras que en la costa occidental de Jutlandia, sobre las dunas, se han construido cabañas para pescadores; están hechas con restos de barcos y cubiertas de turba y brezo; en el interior, a lo largo de las paredes, hay literas para dormir. Cada pescador tiene su propia muchacha ayudante; sus obligaciones son poner el cebo en los anzuelos, recibir al patrón cuando regresa de la pesca con cerveza caliente, prepararle la comida, sacar el pescado capturado de las barcas, limpiarlo, etc.

Jürgen, su padre y varios pescadores más con sus trabajadoras se alojaban en una misma cabaña. Morten vivía en la más cercana.

Entre las muchachas había una llamada Elsa, a quien Jürgen conocía desde la infancia. Ambos eran muy amigos; en sus caracteres había mucho en común, pero en apariencia diferían notablemente: él era moreno y de cabello oscuro, mientras que ella era rubia; su cabello era amarillo como el lino, y sus ojos azul claro, como el mar iluminado por el sol.

Una vez caminaban juntos; Jürgen sostenía su mano en la suya y la apretaba con fuerza. De repente Elsa le dijo:

—Jürgen, tengo algo en el corazón. Preferiría trabajar contigo: eres para mí como un hermano, mientras que Morten, con quien me he contratado, es mi prometido. Solo no hay que hablar de esto con otros.

La arena pareció ondular bajo los pies de Jürgen,

pero él no pronunció ni una palabra, solo asintió con la cabeza: estaba de acuerdo, eso quería decir. No se le exigía nada más. Pero él, en ese mismo instante, sintió que odiaba a Morten con todo su corazón. Cuanto más pensaba en lo sucedido —y antes nunca había pensado tanto en Elsa—, más claro le resultaba que Morten le había robado el amor de la única muchacha que le gustaba, es decir, Elsa; ¡así eran ahora las cosas!

Vale la pena observar cómo los pescadores cruzan, con tiempo fresco, las olas sobre los arrecifes. Uno de los pescadores está de pie en la proa, y los remeros no apartan la vista de él, esperando la señal para dejar los remos y entregarse a la ola que se acerca, la cual debe llevar la barca a través del arrecife. Al principio, la ola eleva la barca tan alto que desde la orilla se ve su quilla; un minuto después desaparece entre las olas; no se ve ni la barca, ni la gente, ni el mástil; el mar parece haberlo tragado todo... Pero pasa otro minuto, y la barca vuelve a aparecer en la superficie al otro lado del arrecife, como un monstruo marino que emergiera del agua; los remos se mueven rápidamente, igual que las patas de un animal. Ante el segundo, ante el tercer arrecife, se repite lo mismo; luego los pescadores saltan al agua y acercan la barca a la orilla; los golpes de las olas les ayudan, empujándola por detrás.

No dar la señal a tiempo, equivocarse un minuto, y la barca se estrellará contra el arrecife.

«¡Entonces sería el fin para mí y para Morten!» Esta мысль pasó por la mente de Jørgen cuando estaban en el mar. Su padre enfermó repentinamente de gravedad, la fiebre lo sacudía sin cesar; mientras tanto, la barca se acercaba al último arrecife;

Jørgen se puso de pie y gritó:

—¡Padre, déjame mejor a mí!— y su mirada se deslizó del rostro de Morten hacia las olas.

He aquí que se acerca una enorme ola... Jørgen miró el pálido rostro de su padre y no pudo cumplir su malvada intención. La barca pasó felizmente el arrecife y alcanzó la orilla, pero el pensamiento maligno quedó firmemente arraigado en la cabeza de Jørgen; la sangre le hervía; desde el fondo de su alma emergían diversas basuras y fibras que se habían depositado allí durante su amistad con Morten, pero

no podía hilar de ellas un hilo completo al que pudiera aferrarse, y por el momento no emprendía acción alguna. Sí, Morten le había echado a perder la vida, ¡él lo sentía!

¿Cómo, pues, no iba a odiarlo? Algunos de los pescadores notaron este odio, pero el propio Morten no advertía nada y seguía siendo el mismo buen camarada y hablador —quizás incluso demasiado hablador—.

Y al padre de Jørgen le tocó guardar cama; la enfermedad resultó mortal, y murió una semana después. Jørgen heredó una casa en las dunas, pequeña ciertamente, pero aun así era algo bueno; Morten no tenía ni siquiera eso.

—Bueno, ¡ahora ya no tendrás que alistarte más como marinero! ¡Te quedarás con nosotros para siempre! —le dijo a Jørgen uno de los viejos pescadores.

Pero Jørgen tenía precisamente otros pensamientos en mente; justamente deseaba recorrer el mundo blanco. El comerciante de anguilas tenía un tío que vivía en Gamle Skagen; también se dedicaba a la pesca, pero ya era un comerciante acomodado y poseía su propia embarcación. Gozaba de fama de ser un anciano amable; valía la pena servir a alguien así. Gamle Skagen se encuentra en el extremo norte de Jutlandia, lejos de la aldea de pescadores y de las dunas, pero precisamente esa circunstancia agradaba especialmente a Jørgen: no quería asistir a las bodas de Elsa y Morten, y estas se preparaban para celebrarse dentro de dos semanas.

El viejo pescador no aprobaba la intención de Jørgen; ahora tenía su propia casa, y Elsa, seguramente, se inclinaría más bien de su lado.

Jørgen respondió a esto de manera tan brusca, que no era fácil llegar al sentido de sus palabras, pero el anciano fue y le trajo a Elsa. Ella dijo poco, pero aun así dijo algo:

—Tienes una casa... Sí, ¡eso hace pensar!..

Y Jørgen reflexionó profundamente.

Por el mar corren olas airadas, pero el corazón humano a veces se agita aún con mayor fuerza; lo dominan las pasiones. Muchos pensamientos pasaron por la cabeza de Jørgen; finalmente preguntó a Elsa:

—Si Morten tuviera una casa como esta, ¿a cuál de nosotros dos elegirías?

—¡Pero si Morten no tiene ni tendrá nunca una casa!

—Bueno, imagínate que la tuviera.

—Bueno, entonces probablemente elegiría a Morten —¡me quiere! Pero con eso no se llena el estómago.

Jørgen reflexionó sobre esto toda la noche. Qué era lo que lo impulsaba, ni él mismo podía explicárselo, pero el impulso inconsciente resultó más fuerte que su amor por Elsa, y obedeció a ese impulso: por la mañana fue a ver a Morten. Lo que Jørgen dijo a Morten durante aquel encuentro había sido cuidadosamente meditado por él durante la noche: cedió a su compañero su casa en las condiciones más ventajosas para este, diciendo que él prefería alistarse en un barco e irse. Elsa, al enterarse de todo, besó a Jørgen directamente en los labios —pues ella quería a Morten.

Jørgen tenía pensado partir al día siguiente muy temprano. Pero por la noche, aunque ya era tarde, le dio por visitar una vez más a Morten. Fue, y en el camino, sobre las dunas, encontró al viejo pescador que no aprobaba su intención de marcharse. «¡Seguramente Morten lleva cosido en los pantalones un pico de pato, por eso las chicas se sienten tan atraídas hacia él!» —dijo el anciano. Pero Jørgen interrumpió la conversación, se despidió y se dirigió hacia la casa de Morten. Al acercarse más, oyó dentro voces altas: alguien estaba con Morten. Jørgen se detuvo indeciso; no quería en absoluto encontrarse con Elsa. Después de pensarlo bien, no quiso escuchar una vez más las expresiones de gratitud de Morten y dio media vuelta.

Por la mañana, antes aún de la salida del sol, ató su hatillo, tomó consigo una cesta con provisiones y bajó desde las dunas hasta la misma orilla; allí caminar era más fácil que por la arena profunda, y además más cerca: quería ir primero a Fjältring a visitar al comerciante de anguilas, puesto que le había prometido hacerlo.

La brillante superficie del mar azulaba intensamente; la orilla estaba sembrada de conchas y caracolillos; los juguetes que lo habían divertido en su infancia crujían bajo sus pies. De repente, de su nariz brotó sangre —una circunstancia insignificante, pero que a veces adquiere gran importancia. Dos o tres gruesas gotas cayeron sobre la manga de su camisa. Las frotó, detuvo la hemorragia y sintió que, a causa del sangrado, se le aliviaba algo tanto la cabeza como el corazón. En la arena había crecido un arbustito de algas marinas; arrancó una ramita y la clavó en su sombrero. «¡Adelante con valor y alegría! ¡A ver el mundo blanco, a asomarse fuera de casa, como decían las anguilas. ¡Cuidado con la gente! Son malos, os matarán, os cortarán y os freirán en la sartén! —repitió para sí y se echó a reír—: ¡Bueno, yo sí sabré conservar mi pellejo! ¡La audacia toma ciudades!»

El sol ya estaba alto cuando llegó al estrecho canal que unía el mar occidental con el Nissumfjord. Volviéndose hacia atrás, vio a lo lejos dos jinetes, y a cierta distancia detrás de ellos varias personas más a pie; todos, evidentemente, se daban prisa. Bueno, ¿qué importaba eso? La barca estaba en la otra orilla; Jørgen llamó al barquero; zarparon, pero apenas habían llegado a mitad del estrecho cuando los jinetes, galopando a todo correr, alcanzaron la orilla y comenzaron a gritar, ordenando a Jørgen, en nombre de la ley, que regresara inmediatamente. Jørgen no lograba entender qué querían de él, pero razonó que lo mejor sería volver, tomó él mismo un remo y comenzó a remar de regreso hacia la orilla. Apenas la barca atracó, la gente que se apiñaba en la costa saltó a bordo y ató las manos de Jørgen con una cuerda; ni siquiera tuvo tiempo de recuperarse.

—¡Espera! ¡Pagarás con tu cabeza por tu crimen! —le dijeron—. ¡Menos mal que te hemos atrapado!

Lo acusaban, ni más ni menos, de asesinato: habían encontrado a Morten con la garganta degollada. Uno de los pescadores había encontrado ayer a Jørgen tarde por la noche en el camino hacia la vivienda de Morten; Jørgen ya había amenazado en varias ocasiones a este último con un cuchillo —¡por lo tanto, él era el asesino! Había que vigilarlo estrechamente; en Ringkøbing era el lugar más seguro, aunque no sería fácil llegar pronto allá. Soplaban justo viento del oeste; en media hora, o incluso menos, podría cruzarse la bahía y salir al río Skærum, y desde allí solo faltaba un cuarto de milla hasta Nord-Vosborg, donde también había una fortaleza sólida con terraplenes y fosos. En la barca iba, junto con otros, el hermano del alcalde, y este creía que les permitirían encerrar a Jørgen en el hoyo donde había permanecido hasta su ejecución Margarita la Larga.

No escucharon las justificaciones de Jørgen: las gotas de sangre en su camisa lo incriminaban. Él mismo sabía que era inocente, pero los demás no lo creían, y decidió someterse a su destino.

La barca atracó precisamente junto a aquel terraplén donde antaño se alzaba el castillo del caballero Bugge, y donde Jørgen y sus padres se habían detenido a descansar en su camino hacia el banquete, hacia el funeral. Ah, aquellos cuatro días felices, luminosos

¡Días de la infancia!.. Ahora lo llevaban por el mismo camino, por los mismos prados, hacia el Norte-Vosborg, donde aún permanecía el saúco cubierto de flores y los tilos floridos y fragantes. Era como si solo hubiera pasado por allí ayer.

En el ala izquierda del patio del castillo, bajo una de las altas escaleras, se abría un descenso hacia una baja bveda abovedada. Desde allí fue sacada para su ejecución Margarita la Larga. Había comido cinco corazones infantiles y pensaba que, si

comía dos más, adquiriría la habilidad de volar y de hacerse invisible. En la pared había sido abierta una diminuta ventilación, pero el aroma refrescante de los fragantes tilos no podía penetrar a través de ella. Humedad, moho, tablas desnudas en lugar de cama: eso fue lo que encontró Jürgen en la bveda. Pero una conciencia limpia, dicen, es una almohada blanda; así que Jürgen dormía bien.

La gruesa puerta estaba asegurada con un pesado cerrojo de hierro, pero los fantasmas de la superstición penetran incluso por la cerradura, penetran tanto en las mansiones señoriales como en las cabañas de los pescadores, y aquí, junto a Jürgen, se colaban con mayor razón. Él se sentaba y pensaba en Margarita la Larga, en su crimen... En el aire parecían flotar aún sus últimos pensamientos, aquellos a los que se entregó la noche antes de su ejecución. Acudían también a la mente de Jürgen los relatos sobre los milagros que ocurrieron allí en vida del terrateniente Swanvedel: cada mañana encontraban colgado de la cadena, en la barandilla del puente, al perro que guardaba el puente. Todos estos sombríos pensamientos asediaban y aterraban a Jürgen, y solo un recuerdo iluminaba la bveda con un rayo de sol: el recuerdo del saúco florido y de los tilos.

Por lo demás, no permaneció allí mucho tiempo; lo trasladaron a Ringkjøbing, a un encierro igualmente severo.

En aquellos tiempos no era como en los nuestros; lo pasaba mal el hombre pobre. Todos recordaban aún cómo las granjas campesinas y aldeas enteras se convertían en nuevas propiedades señoriales, cómo cualquier cochero o lacayo se volvía juez y condenaba al pobre campesino, por la falta más insignificante, a la pérdida de su parcela o a los azotes. Algo similar seguía ocurriendo todavía en Jutlandia: lejos de la residencia real y de los ilustrados guardianes del orden y del derecho, se actuaba bastante arbitrariamente con la ley. Así que, en cierto modo, fue una suerte que Jürgen tuviera que padecer en prisión.

¡Qué frío reinaba en el lugar donde lo habían encerrado! ¿Cuándo llegaría el fin de todo esto? Él era inocente, y sin embargo lo habían entregado a la ignominia y a la desgracia: ¡ese era su destino! Sí, aquí podía reflexionar sobre ello con tranquilidad. ¿Por qué lo perseguía así?.. Todo se aclararía allá, en la vida futura, que nos espera a todos. Jürgen creció con esta fe. Lo que no pudo comprender su padre, rodeado de la lujosa naturaleza bañada por el sol de España, brillaba para el hijo como un rayo consolador en medio de la oscuridad y el frío que lo rodeaban. Jürgen confiaba firmemente en la misericordia de Dios, y esta confianza nunca es engañada.

Las tormentas primaverales volvían a hacerse sentir. El estruendo del mar se oía a muchas millas a la redonda, incluso en el interior del país, pero solo después de

que la tormenta amainara. El mar rugía como si rodaran sobre un suelo duro y removido cientos de pesados carros. Jürgen escuchaba atentamente ese estruendo, que aportaba alguna variedad a su vida. Ninguna canción antigua llegaba tan profundamente a su corazón como la música de las olas rodantes, la voz del mar tempestuoso. ¡Ah, mar, mar salvaje y libre! Tú y el viento transportáis al hombre de país en país, y él va siempre junto con su casa, como un caracol, llevando consigo en todas partes un pedazo de su patria, un fragmento de su tierra natal.

¡Cómo escuchaba Jürgen el sordo murmullo de las olas y cómo se agitaban dentro de él los pensamientos y los recuerdos! «¡Libertad! ¡Libertad!» En libertad está el paraíso, la dicha, aunque lleves zapatos sin suela y un vestido basto remendado. La sangre le hervía de ira y golpeaba la pared con el puño.

Así pasaron semanas, meses, pasó incluso un año entero. De repente capturaron al ladrón Niels, apodado «el tratante», y para Jürgen comenzaron tiempos mejores: quedó claro cuán injustamente habían procedido con él.

Al norte del fiordo de Ringkjøbing había una taberna; allí fue donde se encontraron una tarde, la víspera de la partida de Jürgen de la aldea, Niels y Morten.

Bebieron un vasito, bebieron otro, y Morten no es que se emborrachara, sino que... se exaltó demasiado, dio rienda suelta a la lengua: contó que había comprado una casa y que iba a casarse. Niels le preguntó de dónde había sacado el dinero, y Morten, jactancioso, dio una palmada en el bolsillo:

—¡Allí donde deben estar!

Su jactancia le costó la vida. Él se fue a casa, Niels lo siguió sigilosamente y le clavó un cuchillo en el cuello para robarle el dinero, que no existía.

Todas estas circunstancias fueron expuestas detalladamente en el proceso, pero basta con saber que liberaron a Jürgen. Bueno, ¿y con qué lo recompensaron por todo lo que había sufrido: un año de encarcelamiento, frío y hambre, separación de los seres humanos? Pues le dijeron que, gracias a Dios, era inocente y podía marcharse. El burgomaestre le dio diez marcos para el camino, y varios ciudadanos lo agasajaron con cerveza y buena comida. Sí, también había allí gente buena, no todos eran de esos dispuestos a apuñalar, desollar y poner a alguien en la sartén. Pero lo mejor de todo fue que en ese momento llegó a la ciudad, por asuntos propios, precisamente aquel mercader Brenne de Skagen, con quien Jürgen había querido trabajar un año atrás.

El mercader conoció toda la historia y quiso recompensar a Jürgen por todo lo sufrido; el viejo tenía un buen corazón, comprendió lo que el pobre diablo había

tenido que padecer y quería mostrarle que también hay en el mundo personas buenas.

De la mazmorra a la libertad, a la luz de Dios, donde lo esperaban el amor y la compasión sincera. Sí, ya era hora de que experimentara también eso. La copa de la vida nunca está llena solo de ajeno: nadie bueno se la ofrecería así a su prójimo, y menos aún el propio Dios, el Amor Omnipresente.

—Bueno, pon una cruz sobre todo esto —dijo el mercader a Jürgen—. Tachemos este año como si nunca hubiera existido, quememos el calendario y dentro de dos días, en camino, hacia nuestro pacífico y bendito por Dios Skagen. Lo llaman «el rincón del oso», pero es un rincón acogedor, bendecido, con ventanas abiertas a la luz blanca.

¡Vaya viaje! Jürgen respiró profundamente. De la fría mazmorra, del aire sofocante y viciado, volver a encontrarse bajo el brillante sol.

El brezo florecía, toda la estepa estaba cubierta de flores; sobre un túmulo estaba sentado un pastorcillo tocando una flautita hecha de hueso de oveja. La Fata Morgana, maravillosas visiones aéreas de la estepa: jardines colgantes y bosques flotando en el aire, el extraño ondulamiento de las olas del aire, fenómeno del que los campesinos dicen: «Es Lokeman arreando su rebaño»: todo esto volvió a verlo.

Su camino llevaba hacia el Limfjord, hacia Skagen, de donde salieron «los hombres de largas barbas», los longobardos. Durante el reinado del rey Snio hubo hambre allí, y decidieron matar a todos los ancianos y niños, pero una noble mujer llamada Gambaruk, propietaria de una de las haciendas del norte, propuso mejor expulsar a los jóvenes de los límites del país. Jürgen conocía esta leyenda, hasta ese punto era instruido, y si además no conocía el propio país de los longobardos, situado más allá de los altos Alpes, al menos sabía aproximadamente a qué se parecía. Pues siendo aún muchacho había estado en el sur, en España, y recordaba los frutos amontonados, las granadas rojas, el ruido, el bullicio y el repique de campanas en aquella enorme ciudad que semejaba una colmena. Pero el mejor país sigue siendo, de todos modos, la patria, y la patria de Jürgen era Dinamarca.

Finalmente, llegaron a Vendil-Skaga, como se llama Skagen en los antiguos manuscritos noruegos e islandeses. Ya en aquellos tiempos se extendía aquí, sobre el banco de arena hasta el faro, una interminable cadena de dunas, interrumpida por campos cultivados, y existían ciudades: Viejo Skagen, Vesterby y Østerby. Las casas y las granjas ya estaban entonces dispersas entre las colinas de arena movediza y acumulada por el viento, y ya entonces el viento impetuoso levantaba la arena no consolidada, y ya entonces gritaban ensordecedoramente aquí las gaviotas, las golondrinas de mar y los cisnes salvajes. El Viejo Skagen, donde vivía

el mercader Brenne y donde debía instalarse Jürgen, se encuentra una milla al suroeste del cabo Skagen. En el patio del mercader olía a brea; los tejados de todos los edificios del patio eran barcas volteadas boca abajo; los chiqueros para cerdos estaban contruidos con restos de barcos; el patio no estaba cercado, pues no había de quién ni de qué protegerse, aunque en largas cuerdas, colgadas una encima de otra, se secaba pescado extendido. Toda la costa marina estaba cubierta de arenques podridos: apenas lograban lanzar la red al mar cuando volvía repleta de arenques; no sabían qué hacer con ellos, tenían que devolverlos al mar o dejarlo pudrir en la orilla.

La esposa y la hija del mercader, junto con todos los moradores de la casa, recibieron con alegría al padre y señor; hubo apretones de manos, gritos y conversaciones animadas. ¡Y qué carita tan encantadora y qué ojitos tenía la hija del mercader!

En la propia casa reinaban la amplitud y la comodidad. Sobre la mesa aparecieron platos de pescado: ¡lenguados tales que hasta el mismo rey se habría deleitado con ellos! Y los vinos provenían de los viñedos de Skagen, del gran mar: el mosto de uva llegaba a Skagen directamente en barricas y botellas.

Cuando la madre y la hija supieron quién era Jørgen, cuando escucharon cuán cruel e inocentemente había tenido que sufrir, comenzaron a mirarlo con aún mayor ternura; especialmente cariñosa era la mirada de la hija, la dulce Clara. Jørgen halló en el Viejo Skagen un acogedor y glorioso hogar familiar; ahora su corazón podía tranquilizarse, aunque mucho había tenido que padecer ese pobre corazón, incluso la amargura de un amor desgraciado, que o bien lo endurece o bien lo vuelve aún más blando y sensible. El corazón de Jørgen no se endureció; seguía siendo joven, y ahora en él quedaba un rinconcito vacío. Por cierto, justamente entonces llegó el momento del viaje de Clara para visitar a su tía en Kristiansand, en Noruega. Pensaba partir hacia allá en barco dentro de unas tres semanas y permanecer allí todo el invierno.

El último domingo antes de la partida de Clara, todos fueron a la iglesia a comulgar. La iglesia era grande y rica; la habían construido varios siglos atrás escoceses y holandeses; no lejos de ella se había edificado la propia ciudad. La iglesia ya estaba algo deteriorada, y el camino hacia ella era muy pesado, de colina en colina, ora subiendo ora bajando, por arena profunda; pero los habitantes acudían de buen grado al templo de Dios para entonar salmos y escuchar el sermón. Las dunas de arena ya alcanzaban la cima del muro del cementerio, pero las tumbas se limpiaban constantemente.

Era la iglesia más grande al norte del Limfjord. Sobre el altar, como si estuviera viva, se alzaba la Madre de Dios con el Niño en brazos; en el coro había imágenes talladas en madera de los apóstoles, y arriba, por las paredes, colgaban retratos de antiguos burgomaestres y jueces de Skagen; bajo cada retrato lucía una inscripción convencional correspondiente a dicha persona. El púlpito también estaba totalmente tallado. El sol jugaba alegremente sobre la lámpara de cobre y sobre el pequeño barquito suspendido del techo.

A Jørgen lo invadió aquel mismo sentimiento de reverencia infantil que experimentara siendo niño en la rica catedral de España, pero aquí a ese sentimiento se añadía además la conciencia de que él también pertenecía al rebaño.

Después del sermón comenzó la comunión. Jørgen también probó el pan y el vino, y sucedió que se arrodilló justo al lado de Clara. Pero sus pensamientos estaban dirigidos a Dios; estaba completamente absorto en el sacramento que se celebraba, y sólo notó quién era su vecina cuando ya se levantó de las rodillas. Al mirarla, vio que por sus mejillas corrían lágrimas.

Dos días después ella partió hacia Noruega, mientras Jørgen continuaba realizando diversos trabajos en la casa y participando en la pesca; en aquellos tiempos había bastante que pescar, más que ahora. Los cardúmenes de caballas dejaban tras de sí, durante la noche, un rastro luminoso que delataba sus movimientos bajo el agua; los escorpiones de mar (peces cottus scorpius) gemían, y los cangrejos emitían aullidos lastimeros cuando caían en manos de los pescadores; los peces no son tan mudos como cuentan de ellos. He aquí que Jørgen era aún más callado que ellos; guardaba su secreto profundamente en el corazón, pero algún día estaba destinado a salir a la superficie.

Sentado los domingos en la iglesia, dirigía devotamente su mirada hacia la imagen de la Madre de Dios que adornaba el altar, pero de vez en cuando la desviaba brevemente hacia el lugar donde Clara había estado arrodillada junto a él. Ella no salía de su pensamiento... ¡Qué buena había sido con él!

Llegó el otoño: humedad, niebla, aguanieve... El agua se estancaba en las calles de la ciudad; la arena no lograba absorberla, y los habitantes debían avanzar por las calles vadeando, si no nadando. Las tormentas estrellaban barco tras barco contra los arrecifes mortales. Comenzaron las ventiscas de nieve y arena; la arena sepultaba las casas, y los moradores a menudo tenían que salir de ellas por las chimeneas, aunque esto no les resultaba extraño. En cambio, en la casa del mercader hacía calor y reinaba la comodidad; la turba y los restos de barcos crujían alegremente en el hogar, mientras el propio mercader leía en voz alta, de

una antigua crónica, la leyenda sobre el príncipe danés Hamlet, quien regresó de Inglaterra y libró batalla junto a Bovbjerg. Su tumba se encuentra cerca de Råmme, apenas a dos millas del lugar donde vivía el viejo comerciante de anguilas; en la estepa inmensa se elevaban cientos de túmulos; la estepa constituía un enorme cementerio. El mercader Brønne había estado personalmente en la tumba de Hamlet. Cuando se cansaban de leer, pasaban a conversar; hablaban de tiempos antiguos, de los vecinos ingleses y escoceses, y Jørgen cantaba la vieja canción «sobre el principito inglés», acerca de cómo estaba adornado el barco:

Los costados dorados brillan resplandecientes,
En ellos está escrita la palabra del Señor;
Y la proa del barco la adorna un galeón:
El príncipe sostiene a la doncella entre sus brazos.

Jørgen cantaba esta canción con especial sentimiento; sus ojos brillaban intensamente; desde su nacimiento ya eran así de negros y relucientes.

Así pues, cantaban, leían; en la casa reinaban la paz, la armonía y la bendición de Dios; todos se sentían como en una familia propia, incluso los animales domésticos. ¡Y qué orden había en la casa, qué limpieza! En los estantes brillaba la vajilla de estaño pulida hasta el esplendor; del techo colgaban embutidos y jamones, abundantes reservas invernales. En nuestros tiempos todo esto puede verse en la costa occidental de Jutlandia en muchas casas campesinas: la misma abundancia de provisiones, la misma decoración en las salas, la misma alegría y sensatez; en general, sus asuntos habían mejorado. Y aquí reina una hospitalidad igual a la de las tiendas de los árabes.

Nunca antes había vivido Jørgen tan bien, tan alegremente, salvo aquellos cuatro días alegres de su infancia pasados como invitado en un funeral. Y sin embargo, aquí aún no estaba Clara; es decir, no estaba físicamente en la casa, pero en los pensamientos y conversaciones estaba presente constantemente.

En abril, el mercader decidió enviar su barco a Noruega; en él partiría también Jørgen. ¡Cómo se alegró éste! Además, durante este tiempo había engordado y mejorado de aspecto, como decía la propia madre Brønne; daba gusto mirarlo.

—¡Y tú también! —le dijo su marido—. Jørgen ha animado nuestras veladas invernales, y a ti también, viejecita. ¡Hasta has rejuvenecido este año! Mira qué hermosa te has vuelto, da gusto verte. Pero es que en su tiempo fuiste la primera belleza de Viborg, y eso significa mucho: en ningún otro lugar he visto muchachas tan hermosas como allí.

Jørgen no pronunció ni una palabra —ni debía hacerlo—, sino que sólo pensó en una muchacha de Skagen. Precisamente hacia ella se dirigía ahora. El barco, impulsado por un viento fresco, permaneció en ruta apenas medio día.

Temprano por la mañana, el mercader Brønne se dirigió al faro que se alza lejos en el mar, cerca del extremo mismo del cabo Skagen. Cuando subió a la atalaya, la luz llevaba mucho tiempo apagada y el sol estaba ya alto. A una milla de la costa se extendían hacia el mar los bancos de arena. En el horizonte aparecieron ese día muchos barcos, y el mercader esperaba encontrar con ayuda del anteojo, entre ellos, su propio «Karen Brønne». En efecto, se acercaba; a bordo iban Clara y Jørgen. Ya habían divisado a lo lejos el faro de Skagen y el campanario de la iglesia, que desde lejos parecían una garza y un cisne sobre el agua azul. Clara estaba sentada junto a la borda y observaba cómo en el horizonte se dibujaban una tras otra las familiares dunas. Si el viento favorable seguía soplando, estarían en casa en menos de una hora. Tan cercana estaba la alegría del encuentro, tan cercana estaba también la hora terrible de la muerte.

En uno de los costados del barco se abrió una vía de agua, y el agua irrumpió en la bodega. Se lanzaron a achicar el agua, a tapar la abertura, izaron todas las velas y arriaron la bandera que indicaba que el barco estaba en peligro. Hasta la orilla faltaba apenas una milla de navegación; a lo lejos ya se veían las lanchas de pesca que acudían presurosas en auxilio; el viento empujaba el barco hacia la costa, la corriente ayudaba, pero el barco se sumergía en el agua con rapidez aterradora. Jørgen rodeó con su brazo derecho la cintura de Clara.

>

¡Cómo lo miró ella a los ojos antes de que él, invocando el nombre de Dios, se lanzara con ella a las olas! Ella lanzó un grito, pero nada tenía que temer: él no la soltaría.

¡El príncipe sostiene a la doncella entre sus brazos!

Jørgen también tomó esta decisión en la hora del terrible peligro. Su habilidad para nadar le sirvió ahora; ora trabajaba con ambas piernas y con la mano libre —con la otra mantenía firmemente abrazada a la muchacha—, ora se dejaba llevar por la corriente, moviendo apenas las piernas; en suma, utilizaba todos los recursos que conocía para ahorrar fuerzas y alcanzar la orilla.

De repente sintió que Clara respiró hondo y se estremeció convulsivamente... Él la apretó contra sí con más fuerza aún. Las olas rodaban sobre sus cabezas; la corriente los elevaba; el agua era tan limpia y transparente. Por un instante le pareció ver en las profundidades un banco de relucientes caballas o, quizás, era el

propio monstruo marino preparándose para devorarlos... Las nubes, al deslizarse por el cielo, proyectaban sobre el agua una ligera sombra, y luego los rayos del sol volvían a jugar sobre ella. Bandadas de pájaros surcaban con gritos el cielo sobre la cabeza de Jürgen; los patos salvajes, que se mecían somnolientos sobre las olas, al acercarse él alzaron el vuelo espantados. Pero las fuerzas del nadador menguaban sin cesar... Él lo sentía; faltaba aún mucho por nadar hasta la orilla, pero la ayuda estaba cerca, la barca se aproximaba. De pronto vio claramente bajo el agua una figura blanca que lo miraba fijamente... Una ola lo arrebató, la figura se acercó... Sintió un golpe... ¡todo se oscureció ante sus ojos!

En el arrecife, bajo el agua, había quedado atrapado un fragmento de barco con un galeón que representaba a una mujer apoyada en un ancla. Fue contra su punta, que sobresalía hacia arriba, contra lo que chocó Jürgen, impulsado por la corriente. Sin sentido se sumergió en el agua junto con su carga, pero la siguiente ola volvió a lanzarlos hacia arriba.

Los pescadores subieron a ambos a la barca; el rostro de Jürgen estaba todo cubierto de sangre; yacía como muerto, pero sujetaba a la muchacha con tal firmeza que apenas lograron liberarla de sus manos. La pusieron, pálida y sin vida, en el fondo de la barca que se dirigía a Skagen.

Se emplearon todos los medios, pero no lograron devolver la vida a Clara. Hacía ya mucho tiempo que Jürgen navegaba con un cadáver en brazos, luchando y extenuándose, salvando a una muerta.

El propio Jürgen aún respiraba, y lo llevaron a la casa más cercana, detrás de las dunas. Cierta barbero-cirujano, que al mismo tiempo era herrero y tendero, vendó su herida esperando al médico, a quien habían enviado a buscar a Hjørring.

El enfermo tenía afectado el cerebro; yacía delirante, lanzando gritos salvajes, pero al tercer día cayó en un estado de inconsciencia. La vida parecía pendir de un hilo en él y, según palabras del médico, habría sido mejor que ese hilo se rompiera.

—¡Dios quiera que muera! ¡Ya no volverá a ser hombre! Pero no murió, el hilo no se rompió; en cambio se rompió el hilo de los recuerdos, fueron cortadas de raíz todas las capacidades mentales —¡eso es lo terrible! Quedó solo un cuerpo que se disponía a sanar y a vivir a su manera. El comerciante Brenne tomó a Jürgen consigo.

—¡Ha sufrido salvando a nuestra hija! —dijo el anciano—. Ahora es nuestro hijo.

A Jürgen comenzaron a llamarlo el loco. Pero esto no era del todo exacto; se parecía a un instrumento con cuerdas debilitadas que habían dejado de sonar. Solo por algún instante, en raros momentos, recuperaban su antigua elasticidad y

sonaban, y aun así solo se escuchaban algunos acordes sueltos de viejas melodías. Las imágenes del pasado emergían y volvían a desaparecer, y Jürgen seguía sentado, clavando en el vacío una mirada vacía e insensata. Hay que pensar que, al menos, no sufría. Sus ojos negros habían perdido su brillo, miraban sin vida, apagados.

«¡Pobre Jürgen, el demente!», decían de él.

¡Así pues, esto fue todo lo que llegó a vivir el niño que su madre llevó en su seno para una vida tan rica en felicidad, que habría sido un orgullo imperdonable desearla, ni siquiera esperar otra más allá de ella! ¿Acaso todas las ricas capacidades del alma se habían ido a pique? La necesidad, el dolor y la desgracia fueron su destino; él, como un bulbo de flor lujoso, fue arrancado de un suelo rico y arrojado sobre la arena ¡para pudrirse! ¿Acaso no merecía una suerte mejor la criatura creada «a imagen y semejanza» del propio Dios? ¿Acaso todo en el mundo es solo un juego de vacuas casualidades? ¡No! El misericordioso Señor sin duda le tenía preparada en la otra vida una recompensa por todo lo que había padecido en esta. «¡La misericordia de Dios está por encima de todas sus obras!» —estas palabras del salmista repetía con fe la piadosa esposa del comerciante, y su oración del corazón era una súplica por el pronto traslado de Jürgen al reino de la misericordia divina, donde reina la vida eterna.

Enterraron a Clara en el cementerio, que cada vez más quedaba cubierto por la arena. Pero Jürgen, al parecer, ni siquiera era consciente de ello; esto no entraba en el estrecho ámbito de sus pensamientos; estos solo capturaban jirones del pasado. Cada domingo acompañaba a la familia del comerciante a la iglesia y se sentaba quieto, clavando ante sí una mirada insensata. Pero un día, mientras escuchaba el canto de los salmos, suspiró, sus ojos brillaron y se detuvieron en aquel lugar cercano al altar donde, un año antes, había estado de rodillas junto a su amada difunta. Pronunció su nombre, palideció como un lienzo y lloró.

Lo ayudaron a salir de la iglesia, y él dijo que se encontraba muy bien. Ya no recordaba lo que le había sucedido, no recordaba nada. Sí, el Señor lo había probado duramente. ¿Pero puede alguien dudar de la sabiduría y la misericordia de Nuestro Creador? Nuestro corazón, nuestra razón nos hablan de Su sabiduría y misericordia, y la Biblia lo confirma: «¡Su misericordia está por encima de todas sus obras!»

Y en España, donde la brisa cálida acaricia los naranjos y los laureles, sopla sobre las cúpulas doradas moriscas, donde fluyen los sones de las canciones, repiquetean las castañuelas, donde por las calles avanzan procesiones de niños con velas y banderas ondeantes, vivía en una lujosa casa un anciano sin hijos, el comerciante

más rico. ¿Qué no habría dado de su riqueza solo para recuperar a sus hijos, a su hija o a su nieto, a quien quizás ni siquiera le estaba destinado ver la luz, y por tanto, la vida eterna? «¡Pobre niño!»

Sí, ¡pobre niño! Precisamente un niño, aunque ya hubiera cumplido treinta años; ¡hasta esa edad llegó a vivir Jürgen en Skagen!

Las acumulaciones de arena ya cubrían el cementerio hasta el mismo muro de la iglesia, pero los moribundos querían seguir siendo enterrados junto a aquellos que antes habían partido hacia la eternidad, sus parientes y seres queridos. El comerciante Brenne y su esposa también yacieron bajo la blanca arena junto a su hija.

Llegó la primavera, tiempo de tormentas; las dunas humeaban, el mar levantaba altas sus olas, las pájaros volaban en multitud sobre las dunas, lanzando gritos. Contra los arrecifes se estrellaba barco tras barco.

Una tarde Jürgen estaba sentado solo en la habitación, y de pronto en su pecho se encendió una inquietud, un anhelo de lejanía, que tan a menudo lo había arrastrado desde niño fuera de casa, hacia las dunas y la estepa.

«¡A casa, a casa!», murmuraba; nadie lo oía; salió de la casa y se dirigió hacia las dunas; la arena y las piedrecitas volaban contra su rostro, giraban a su alrededor en columnas. Así llegó hasta la iglesia. La arena había cubierto todo el muro e incluso las ventanas hasta la mitad, pero el paso hacia las puertas estaba despejado. Las puertas no estaban cerradas y se abrieron fácilmente; Jürgen entró.

El viento aullaba sobre la ciudad; se desató un huracán terrible, como los habitantes no recordaban haber visto jamás, pero Jürgen ya estaba en la casa de Dios. Alrededor reinaba una noche oscura, pero en su alma había luz, en ella se encendía un fuego espiritual que nunca se apaga del todo. Sintió que el pesado bloque que oprimía su cabeza, de repente, con un crujido, se desplomó. Le parecían oír los sonidos del órgano, pero era la tormenta la que aullaba y el mar el que gemía. Jürgen se sentó en su lugar; la iglesia se iluminó con luces; una vela se encendía tras otra; un resplandor tal solo lo había visto una vez en su vida, en la catedral española. Los viejos retratos de burgomaestres y jueces cobraron vida, bajaron de las paredes donde habían colgado durante años y ocuparon sus lugares en el coro. Las puertas y portones de la iglesia se abrieron de par en par, y entraron todos los feligreses fallecidos, vestidos con sus trajes de fiesta, tales como los usaban en su tiempo. Avanzaban al compás de una música maravillosa y se sentaban en sus lugares. El coro comenzó a cantar salmos; los sonidos fluían en poderosas olas. Los ancianos, padres adoptivos de Jürgen, el comerciante Brenne con su esposa, también estaban allí, y junto a Jürgen se sentaba también la querida

y amorosa hija de ellos, Clara. Ella tendió su mano a Jürgen, y juntos caminaron hacia el altar, se arrodillaron, y el sacerdote unió sus manos, los bendijo para vivir en paz y amor... Sonaron las trompetas; plenos sonidos lloraban dichosos, como centenares de voces infantiles, crecían hasta convertirse en poderosos, elevadores del alma, tempestuosos acordes del órgano y volvían a transformarse en tiernos, hechizantes, pero al mismo tiempo capaces de estremecer las criptas sepulcrales.

La barquita que colgaba del techo descendió, se volvió de repente tan grande, magníficamente adornada, con velas de seda, vergas doradas, anclas de oro y cables de seda, como aquel barco del que se canta en la vieja canción. Los recién casados subieron al barco, todos los demás feligreses detrás de ellos; hubo lugar para todos, todos estaban bien. Las paredes y bóvedas de la iglesia florecieron como saúcos y tilos fragantes, y extendieron dulcemente hacia el barco sus ramas y hojas, se entrelazaron

sobre él como un cenador verde. La nave se elevó y navegó por el aire. Todas las velas de la iglesia se transformaron en estrellitas, el viento cantaba salmos, y cantaban también los mismos cielos:

«¡Amor! ¡Bienaventuranza! ¡Ninguna vida perecerá, sino que será salvada! ¡Bienaventuranza! ¡Aleluya!...» Estas palabras fueron las últimas de Jürgen: se rompió el hilo que sostenía el alma inmortal... En la oscura iglesia yacía solo el cuerpo sin vida, mientras a su alrededor seguía rugiendo la tormenta, girando en remolino la arena.

Al día siguiente era domingo; por la mañana los feligreses y el sacerdote se dirigieron al templo. Fue difícil llegar hasta allí: el camino se había vuelto casi intransitable. Finalmente lograron alcanzarlo, pero... las puertas de la iglesia aparecieron cubiertas de arena; ante ellas se alzaba toda una colina. El sacerdote rezó una breve oración y dijo que el Señor les había cerrado la puerta de esta Su casa, y que debían erigirle en otro lugar un nuevo templo.

Cantaron un salmo y se dispersaron hacia sus hogares.

A Jürgen no lo encontraron ni en la ciudad ni en las dunas, por más que lo buscaron, y decidieron que las olas se lo habían llevado.

Mas su cuerpo descansaba en una grandiosa tumba —en el propio templo. El Señor ordenó a la tormenta cubrir su sepulcro con tierra, y permanece bajo la pesada capa de arena hasta hoy.

Las arenas cubrieron las majestuosas bóvedas del templo, y sobre ellas crecen ahora espinos y rosas silvestres. De entre las arenas asoma tan solo un campanario —un monumento majestuoso sobre la tumba de Jürgen, visible desde lejos a varias

millas de distancia. ¡Ningún rey ha recibido jamás un monumento más espléndido! Nadie perturbará el reposo del difunto; nadie sabe, o al menos nadie sabía hasta ahora, dónde fue sepultado. A mí me lo contó todo el viento, que vaga sobre las dunas.